LA ELISA.

COMEDIA NUEVA,

TITULADA

LA ELISA:

EN DOS ACTOS.

SU AUTOR *J. P. y B.*

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS.
1807.

ACTORES.

DON PEDRO PEREZ, *retirado al campo.*
RICARDO, *labrador y marido de*
MARIANA.
DON JUAN DE FLORES, *marido de*............... DOÑA GERTRUDIS...... } *padres de*
ELISA, *y de*
UN NIÑO *de siete años.*
DEMETRIO, *esposo prometido de Elisa.*
DOÑA LAURA CHACON, *tia de*
DON JOSEF.
ANTONIO, *criado que no habla.*

La escena se representa en una casería inmediata á Córdova. La decoracion será una sala con dos puertas colaterales. El foro, el testero con un camapé, y sillas á los lados.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON PEDRO.

¡Válgame Dios! ¡Quán diverso es el ayre que reyna en estas mansiones! ¡Qué sosiego disfrutan sus moradores! ¡Qué libres viven de las intrigas de los hombres! Quando el sol dora los verdes campos, y el rocío del cielo los hermosea: quando el cordero retoza al regazo de su madre: quando el becerro ordeña el maná, que la providencia le dispensa; y quando los paxaritos con sus trinos armoniosos elevan el placer en sus corazones, y bendicen con su sencillez la grandeza del Criador, ¡qué alegría reciben nuestras almas! ¡qué planceteros me son los dias que disfru-

to este beneficio! Mi recreo se reduce á recorrer los diversos aperos de estos agricultores. Quando veo el buey sujeto al arado, y dirigido por su gañan, surcando los valles y oteros, para que la madre de la naturaleza, con su próvida beneficencia, le preste la dorada espiga, y le acarrée á su casa el sustento de su familia, ¡qué delicia! ¡Ah! vosotros, que preocupados con las grandezas de las cortes, no pensais mas que en oprimir á estos entes. Entes, que la naturaleza hace broten los polos de vuestra exîstencia. ¡Qué rigor! No, no quiero recordar el tiempo perdido en vuestra compañía. Vuestra filosofia infernal me hizo conocer la verdadera. En todo este tiempo disfruto las felicidades de una sana moral. Estas solo son hijas de los corazones de estos hombres, y de los que llegan á conocer este bien. Un libro en la mano por la mañana, en la sombra de esos árboles, ¡cómo recrea mi corazon! ¡qué delicias no me dispensa! Pero si no me engaño, aquel que entra es el labrador Ricardo, y trae un niño. ¡Qué alma tan pura! Yo creo

vendrá á presentarme algun sirviente nuevo, para que le aconseje como siempre. Con su rústico natural ama bien á sus semejantes.

ESCENA II.

D. PEDRO, RICARDO, Y UN NIÑO.

RICARDO Y UN NIÑO.

Señor Don Pedro, ¿estais bueno? ¿Lo habeis pasado bien desde nuestra vista?

D. PEDRO.

Sí, amigo mio: ¿venis á presentarme este nuevo huespede?

RICARDO.

Sí señor; pero suplico que le oigais. Antes os ruego entretengais los sentimientos de vuestro corazon. Bien sabeis os conozco, y así debo haceros esta advertencia. Niño, dile á este señor el romance que me contaste.

D. PEDRO.

Hijo, cuéntamelo: no te arrubores. (1)

NIÑO.

Señor, ved un desgraciado que recurre á vuestras bondades. Mi madre postrada en la cama, va á perecer de miseria. Este es el único apoyo que le queda á su familia de tierna edad: dignaos, señor, tener piedad de nuestra suerte. Recibidme en esta casa para guardar vuestros ganados. No, no exîgo de vos mas salario sino algun socorro actual, para mi infelice madre. (2)

RICARDO.

Sí, amigo Don Pedro. Esto es pintiparado lo que me dixo; y yo lo creo, porque su semblante demuestra su candidez. ¿No es verdad?

(1) *Dándole palmaditas en el hombro.*
(2) *Llora el niño, y los dos se enternecen.*

D. PEDRO.

Amigo, la verdad y la inocencia aumentan la persuasion de su discurso.

RICARDO.

Cáspita: lo mismo digo yo; y que no, no puede mentir. El corazon me dice á saltos que le socorra. ¡Pobres! Yo no soy rico; pero en oyendo estos casos, no me puedo ir á la mano. ¿Vaya, qué hacemos, Don Pedro? que de la tardanza puede ocurrir una desgracia.

D. PEDRO.

Vos decis bien. ¡Qué corazon tan puro! Aprended, monstruos, de este exemplo de virtud. ¡Quántas gracias doy al Ser supremo por haberme dexado conocer esta verdadera filosofia! Hijo mio, ¿dista mucho tu casa?

NIÑO.

No, señor: en esta ciudad vecina.

D. PEDRO.

¿Y tu pobre madre está muy mala?

NIÑO.

Sí señor: muy mala; y todo, buenos señores, es por falta de sustento. Si se tarda, pienso encontrarla víctima de la indigencia.

RICARDO.

¡Vaya, caramba, que no llegamos á tiempo! Vamos, niño, que yo socorreré con lo que pueda á tu pobre madre.

D. PEDRO.

Amigo, está bien: tomad ese dinero: socorred á esa infeliz: no dexeis de traerme noticia de todo. Indagad, ved, preguntad; y tú, niño, imágen de la candidéz y del amor filial, dile á tu pobre madre, que un hombre que se halla con unas medianas rentas, no omitirá el alivo de sus pe-

nas. Mira, hijito mio, ¿me volverás á ver? Sí, dile á tu mamá, que por tí quiero saber de su estado. ¿Qué dices? ¿Lo entiendes?

NIÑO.

Sí señor: el Omnipotente bendiga tan buenas almas, y les dé los años de exîstencia del fenix. Señor, vamos corriendo.

RICARDO.

Vamos, niño. Mi buen amigo, dad un voltazo por mi labranza; pero á bien que el Señor cuidará de ella. (1)

ESCENA III.

D. PEDRO *solo, paseándose.*

Vengan, vengan estos filósofos del gran mundo, á presenciar estas escenas. ¡Ah! vuelvo á decir: esto es disfrutar una sana moral. ¡Este Ricardo! su amistad me cautiva el corazon: co-

(1) *Vanse.*

nozco su hombría de bien: tiene un carácter franco: cordial... Este disfruta de aquella alegría pura que no alternan las intrigas de las Cortes, y que no reyna sino en el campo; que contento con ver fructificada sus tierras, siempre rie al aspecto de un hermoso dia; pero jamás el disgusto de haber sido mal recibido de un poderoso. El hombre sabio no se desdeña de acompañarle, aunque no halle en él aquel lenguage brillante y saber profundo que da la educacion. ¿Cómo llegaria Ricardo y el niño? ¿Si habrán arribado á tiempo para socorrerla? Sí, está cerca: el deseo que tengo de saber su estado, sus circunstancias: vaya, que no sosiego. Voyme á entretener un rato en el campo. (1)

ESCENA IV.

RICARDO *solo, limpiándose el sudor, y despues* D. PEDRO.

Cáspita, cáspita: si tardo, ¡pobre muger! ¿Qué hubiera sido de ella? Va-

(1) *Vase.*

ya, á no tocarse estas cosas, no son de creer: ¡Jesus, qué laberinto traygo en esta cabeza! No, no podré contarlo todo á Don Pedro. Absorto se quedará, porque su corazon es compasivo. ¿Señor Don Pedro? amigo, amigo? no responde: ¿dónde estará? ¿si habrá salido á ver mi apero? Por vida de... yo no puedo sosegar hasta que desembuche tanto como he visto. Señor Don Pedro? señor Don Pedro? (1) Buen amigo, asombrado quedareis al oir mi sermonazo; pero es preciso.

D. PEDRO.

¡Gran Dios! Este será uno de los muchos portentos, hijos tal vez de la perfidia de los hombres. Vaya, Ricardo, sacadme de este laberinto. Mirad, amigo, que me lo conteis como ha pasado, y con aquella naturalidad que acostumbrais.

(1) *Sale Don Pedro; y Ricardo se arroja precipitadamente, y abraza á aquel con grandes extremos.*

RICARDO.

Pues bien: nos partimos de esta casa, como sabeis. ¿Las alas del deseo no llevaban á aquel angelito? A fe, á fe, que pensé no poder seguirle. Quando ménos caté, me zampa en su casa: esta es de un mediano porte. ¡Si vierais, Don Pedro!... Anegado en lágrimas entra gritando: mamá, hermana, ya traygo socorro: todavia hay almas buenas en el mundo. Sin ver por dónde se presenta una gallarda muchacha. Le estrecha entre sus brazos, y le pregunta: ¿Vive mamá? Sí. ¿Ha habido algun socorro? No. Pues toma, y ese buen hombre te contará lo demas. ¡Ay, mamá mia! y diciendo esto, nos dexó. En este acto hubo algo de rubor; pero me tocó á mí romper el silencio. Señora, le dixe, miradme con franqueza. No tengais rubor. Soy un buen labrador, que con esto basta; es deciros, que no soy de esos malvados que andan pisando ladrillos raspados, para tiranizar á sus semejantes. Sabreis, que vuestro her-

mano (porque así os llamó) me pintó el estado de vuestra madre. Yo, aunque tengo buen corazon, como mis fuerzas son pocas, conté con las de otro amigo: no dista mucho de aquí: es hombre de buenas entrañas. Nos fuimos los dos á su casa, y oida que fué de su boca la misma relacion, socorrió al niño con lo que os ha entregado: tambien hay algo mio: este me encargó viniese en su compañía, para que me enterase de todo. Decidme con franqueza lo que pasa, porque yo estoy impaciente; pues mi amigo, no es nada como estará hasta que lo sepa todo: se entra á dar sus órdenes: ya se ve: sale al momento, y me dice, mi madre ha recobrado sus fuerzas con la relacion de mi hermano. Pero hay tanto que indagar en este mundo... hay tanta maldad encubierta con capa de virtud... yo como no soy ninguno de esos hipocritones, le manifesté me dixera la causa de la miseria de su casa, y que lo demas para otro tiempo. Sabrá, pues, buen hombre, como mi padre, engañado por un amigo pérfido, le asoció

á su comercio, y le hizo depositario de su fortuna; pero el malvado desapareció con el dinero que le habia confiado, é ignoramos el lugar donde se oculta. Una nueva quiebra, que sufrió al mismo tiempo, le imposibilitáron poder cumplir con sus negocios. Los acreedores inhumanos, sin atender á sus pérdidas, y no contentos con la venta de sus oficios, le hiciéron prender, y conduxéron á la cárcel pública. Mi madre y sus dos hijos, reducidos á la mayor miseria. Y aun es mayor la pena: por mas solicitudes que hemos hecho en los acreedores para que nos dexáran esta casa, resto de la fortuna, solo hemos oido escusas; y así estos hombres insensibles á la piedad, nos van á echar pronto de ella. Sus ojos fuéron dos fuentes. Los mios, no digo nada; pero con un corage, que hubiera espaturrado á esta canalla, que no conozco, ni quiero. ¡Pobre Elisa! Confiad en el Criador. Todavía hay almas buenas en el mundo. Cuidad á vuestra madre, y contad que á una tempestad ha seguido la serenidad.

Abur: pues urge el caso. Ea, señor Don Pedro, ya habeis oido toda esta comedia. Que penseis lo que se ha de hacer, pues esta familia es interesante para los hombres de bien. No perder tiempo: hasta luego. (1)

ESCENA V.

D. PEDRO *solo, pensativo.*

Ello es hecho: mis rentas son cortas; pero no importa. Me reduciré algun tanto de esta corta opulencia. Viviremos en santa hermandad. En esta casa hay habitacion aparte para esa familia. Yo con mi aposento tengo harto. Es preciso hacer este acto de hospitalidad. Ricardo pasará con carta mia. Yo les pintaré con ingenuidad mi oferta; pero natural. No dexarán de aceptar mi agradecimiento. La virtud siempre lleva su resplandor. El Criador le ha dado este realce, para que ciegamente sea roconocida. No: no hay duda. Estoy con impaciencia... ¡Ah, quán

(1) *Vase.*

largas son las horas quando se trata de socorrer al infeliz! ¡Oxalá que en todos los corazones de los mortales fuera así! Pero, ¿qué veo? Este es el niño: ¡Pobrecito! (1) ¿Qué hay, hijito mio? ¿Vuestra madre está mejor? ¿Se remedió?

NIÑO.

¡Ay, nuestro bienhechor! Vengo que roboso de contento. Mi madre ya está fuera de peligro. Fué socorrida á tan buen tiempo, que en un instante se nos aseguró su exîstencia. Ya la oia decir: ¡Bendito sea el Señor que no desampara á los que le aman! todavía hay almas piadosas: ¿y en dónde? En los campos. Socorrida y libertada de la parca por una mano incógnita, ¿cómo podré pasar sin ir á darle los debidos agradecimientos? Señor, me salgo del quarto, y sin parar de correr, he venido á traeros esta nueva. Segun conozco en vos, os

(1) *Limpia Don Pedro el sudor al niño que viene sofocado, y le besa.*

será grata. ¿Dónde está aquel otro señor que vino conmigo, que quiero verle?

D. PEDRO.

Sí, hijito mio, lo verás. Descansa un rato. Antonio, saca un regalito para este niño. Antonio, pronto. (1)

NIÑO.

¡Ah, Señor! ¿Por qué os molestais? yo me voy pronto por no caer en falta.

D. PEDRO.

Está bien: come, que luego te irás. A tu madre la consolarás. Le dirás, que un hombre puro no la olvida; y que no tardará en aliviarla sus penas. ¿Tu padre está en la cárcel todavía?

(1) *Sale Antonio con un azafate con vizcochos, &c. y se vuelve luego que despacha el niño.*

NIÑO.

Sí señor: si no me engaño, van los acreedores á echarnos de la casa. El Criador os guarde. No puedo detenerme mas. Yo volveré á veros. (1)

D. PEDRO.

Es preciso: ya urge el caso: voy á ponerle unas letras á esta pobre familia, para que acepte esta hospitalidad. Antonio? Antonio? saca la mesa y los arreos de escribir. (2)

ESCENA VI.

D. PEDRO Y RICARDO.

RICARDO.

Ea, ya dexo gobernado lo necesario, para que los operarios me labo-

(1) *Vase.* (2) *Saca Antonio la mesa y arreos de escribir, y se entra; se sienta Don Pedro, y escribe muy embebecido: á poco sale Ricardo.*

reen mis tierras. Yo ando mohino por esta buena familia. No se me aparta un instante de mi fantasía. ¡Qué situacion tan lastimosa! Pues no digo nada si la zampan en la calle. (1) ¡Mas qué veo! Don Pedro está escribiendo. ¡Qué entretenido está! Ni pestañea. ¡Qué diablos será lo que está haciendo? No, no hay que pensar. Apuesto que es sobre el asunto que tenemos entre manos. El estará poniendo alguna carta para algun amigazo de la Corte, para que interceda á favor del pobre que está encarcelado. ¡Qué feos serán los acreedores! Yo quisiera conocer uno de estos hombres. ¡Que perros, que no tienen caridad del próximo! Pero no mira... no me ha visto... Será preciso interrumpirle su sermon. Amigo, ¿qué haceis? ¿qué habeis pensado? (2) Yo no sosiego un instante.

(1) *Ricardo, despues de haber hablado como que estaba solo, advierte á D. Pedro.*

(2) *Se levanta Don Pedro con la carta ya cerrada: quando oye que Ricardo le dice amigo, le abraza con grande expresion.*

D. PEDRO.

Amigo Ricardo, á vos, á vos solo está reservada esta comision. Mirad, esta carta embebe quanto debo hacer en esta materia. En ella les pinto mi situacion, la de esta casa, y el darles en ella una buena acogida. De esta vos sereis el portador: al mismo tiempo les dareis este corto auxilio (1) para el encarcelado. Que luego que esté enterado de todo por sus labios, tomaré á mi cargo este negocio. Ahora salgamos del que tenemos entre manos. Vos no dexareis de pintarlas nuestra buena intencion. Decidlas vengan sin rezelo, que la experiencia les acreditará lo demas. Andad, que puede que á esta hora las hayan arrojado de su casa. Estos acreedores no son de fiar.

RICARDO.

Caramba, si estoy tan interesado

(1) *Saca Don Pedro un bolsillo con unas monedas que le da á Ricardo.*

como podeis estarlo vos. No, no me morderé el dedo. ¡Cómo hablaré! Voy como un gamo. (1)

ESCENA VII.

D. PEDRO, *y despues* MARIANA.

D. PEDRO.

Eh, Pedro, ya estas en la palestra; tus rentas son cortas. Esta familia, aunque no es larga, no dexan de ser tres. Pues ¿qué diré del pobre encarcelado? Este es otro personage interesante. (2)

MARIANA.

¿En qué pensais? ¿Qué diablos llevais en la cabeza, vos y mi Ricardo? No, no es cosa: mi marido no se acuerda de nada de su casa. Todo es ir, todo venir: una razon da en el clavo, y ciento en la herradura. Vaya, vaya: yo estoy viendo que el dia-

(1) *Vase.* (2) *Sale Mariana llanamente vestida de labradora.*

blo anda en cantillana. Vos mohino, como el otro simplonazo. ¿Qué diablos es esto? Decidmelo, y acabemos de parir. Pues á fe, á fe que la niña no sabe guardar un secreto. Cáspita, si me precio de ello en toda esta comarca. Bien lo sabeis vos.

D. PEDRO.

Es verdad; pero ocurren algunas cosas que son reservadas á los hombres. Vuestro marido es mi amigo: es hombre de bien: á esta hora tal vez estará haciendo una obra muy agradable á los ojos de Dios. Vos lo sabreis todo. Pienso no se tardará; y entónces, yo creo que sentireis en vuestro corazon una gran mocion. Y sino, decidme: ¿estimais á vuestro marido?

MARIANA.

Caramba: mas que á mi corazon. Y esto de todas veras.

D. PEDRO.

Decis muy bien, Mariana: vuestro corazon puro, conservadlo todo, todo para vuestro esposo. Lo merece: teneis un tesoro en él. El Señor os lo ha deparado para vos. Amadle, queredle y tratadle bien.

MARIANA.

No, no lo hace la niña. Si ahora que le veo un poco enagenado, estoy que rabio; y solo porque quisiera no se apartára un instante de mi vista.

D. PEDRO.

Siendo así, descuidad. Espero de vos me hareis un favor, y es que salgais por el camino de Córdova, hasta la encrucijada. Apénas descubrais alguna gente, venid pronto á avisarme. ¿Lo entendeis?

MARIANA.

Sí señor, está bien. ¿Pero vendrá mi marido entre ellos? (1)

D. PEDRO.

Sí. Ya está todo prevenido. Ya tardan. ¿Si habrá sucedido algun acaso? ¿Si habrá dexado de exîstir? ¿Si no habrán querido tal vez agradecer mi reconocimiento? ¡Mas qué veo! ¿Mariana?

MARIANA.

Señor, ántes de llegar al algarrobo grande ví un tropel de gente; y si no me engaño, viene entre ellos mi Ricardo. Tambien descubrí mugeres. ¿Señor, por fortuna sereis casado? ¿Será esta vuestra familia? (2) ¿Mas parece que os habeis entristecido?

(1) *Vase Mariana, y vuelve al instante acelerada.*

(2) *Don Pedro da muestras de enternecerse.*

D. PEDRO.

¡Ah buena muger! No es lo que pensais. Vuestra voz me ha hecho recordar que fuí sensible en mi juventud. En ella me entregué á una pasion de las mas vivas y mas constante. Ella me encendió la llama del himeneo, y la del amor. Dueño de una esposa virtuosa, á quien amaba, habia pasado unido á ella dias felices. Mas ¡ay! largas felicidades no se han hecho para el hombre. Seis años habian pasado en el encanto de tan bella union. Estos pasáron como un instante, quando la muerte me robó aquella mitad de mí mismo. Por mucho tiempo derramé lágrimas sobre su sepulcro, y mucho estuve inconsolable. ¡O vosotros, los que nos quereis probar por largos discursos, el heroismo de la insensibilidad! ¡Vosotros, que no habeis sentido jamas moverse vuestra alma á la vista de un desgraciado! ¡qué dignos sois de compasion! Atribuis á debilidad lo que la dureza de vuestro corazon os imposibili-

ta experimentar; pero si hubieseis conocido á el amor puro, y los transportes que excita esta pasion abrasadora; si hubierais perdido una esposa querida, no pensárais...

MARIANA.

Señor, señor: ya se oye ruido en el portal.

D. PEDRO.

Mariana: oir, ver, y para despues lo demas. Vamos á recibirles. (1)

ESCENA VIII.

D. PEDRO.

Señora, descansad en este camapé.

(1) *Ricardo, el niño, Doña Gertrudis sostenida de Elisa: Mariana y Don Pedro los reciben á la puerta: pide este permiso á Elisa, y ocupa su lugar dirigiendo á Doña Gertrudis hácia el camapé.*

El semblante demuestra vuestro estado. A bien que el ayre puro de estos campos, y una buena voluntad, os aliviarán. Mariana, ya veis á vuestro esposo: ya conocereis en lo que ha andado.

MARIANA.

¿Qué diablos será esto? Yo estoy confusa: á bien que no se puede tardar mucho en saberlo todo.

D. PEDRO.

Señora, ensanchad vuestro corazon. Mirad que es una mansion, aunque no opulenta, pero muy placentera. A ella os trae la bondad del Criador. Vuestra venida es un arcano, que el tiempo os lo descifrará. Ricardo y yo por ahora no os podemos decir mas que lo que habeis visto. Niña, vos cuidareis de vuestra madre y hermano. Lo demas corre de mi cuenta. Despues de descansar y recobrar vuestras perdidas fuerzas, se irá viendo lo que se ha de hacer.

ELISA Y SU MADRE.

Solo podemos deciros que estamos muy agradecidas á vuestros favores.

D. PEDRO.

Señoras, esto es cumplir con aquel precepto de hacer bien á nuestros semejantes. Ricardo, Mariana, prevenid á mis criados que traygan chocolate á la habitacion de estos huéspedes. Señoras, ya podemos entrar á vuestra habitacion. En ella disfrutareis de tranquilidad. Niño, entrad tambien. (1)

(1) *Se entran todos á la habitacion que se tiene señalada del colateral, opuesto en los mismos términos que quando se presentáron en la sala; y luego vuelven á salir Ricardo y Mariana.*

ESCENA IX.

RICARDO Y MARIANA.

MARIANA.

Ea, marido mio, me agrada que te emplees en tan buenas cosas. Dime, hombre, ¿qué diablos es esto? ¿Esa familia es cosa de nuestro Don Pedro?

RICARDO.

No: ¿has visto aquella pobre señora tan débil y macilenta? Pues es una familia buena, pero reducida (por los acasos de la suerte) á la mayor miseria. Nuestro buen amigo, como estima á sus semejantes, ha querido arrancarla de los brazos de la muerte. Yo he trabajado mucho, porque mi genio no ignorais es propenso á hacer bien. Con que, hija mia, bien sabes que el Señor nos ha dado dos oidos, y una sola boca: pues mira, esto es para que oigamos mas, y hablemos ménos.

MARIANA.

Ricardo mio, bien. No ignorais que mi voluntad siempre se ha sujetado á la tuya: conque ya ves si ahora me apartaré de ella. Tu corazon es bueno, y por eso el Criador nos socorre. Mira, yo me voy â nuestra casa. Te espero en ella luego, para que recorras nuestras cosas. Bien ves que en estos dias ha andado todo como ha querido. A Dios, mi buen esposo. (1)

RICARDO.

Hasto luego, Mariana. ¡Qué muger! Ella no tiene muchas luces; pero buena para cosa propia. Yo creo que esta casa será ahora el centro de delicias. Mi buen amigo andará algo agoviado; pero á bien que estoy para ayudarle. (2)

(1) *Vase.*
(2) *Sale Don Pedro de la habitacion que entró.*

ESCENA X.

RICARDO Y D. PEDRO.

D. PEDRO.

Mi buen Ricardo, dime, ¿estaban todavía en su casa?

RICARDO.

¡Ah señor! por quanto vale el mundo no hubiera querido ser testigo de aquella escena. Apénas entré en la calle quando ví una gran confusion de gente. Mi corazon luego pensó lo que era. Llego y veo todo el tropel de la justicia. ¡Pero qué dolor! Quando veo que arrojaban á toda esa familia de su casa. No respeto á nadie... me ve el niño: se arroja á mis pies. Me pide auxîlio; pero que... no hago caso: me dirijo á socorrer aquella pobre muger, que aunque con el auxîlio de su hija, no se podia tener en pie. Le suplico hagan favor de seguirme, y condescienden. A el llegar á la salida de la ciudad, descansamos en un poyo.

...

Allí les dí la carta, y se enteran de
su contenido. Luego les ensarté un lar-
go discurso. Vaya, vaya: un Angel
estaba en mi boca. Levantan los ojos
al cielo, y bendicen su providencia.
Me piden las aparte luego de aquel
caos de horror. Pasa un hombre con
una bestia; le ofrezco gratificarle, acep-
ta, y luego tomamos el camino. La
hemos venido socorriendo, aunque cor-
to. Y con el favor de Dios, llegamos
á vuestra vista sin novedad. Os debo
advertir, que me han hecho varias pre-
guntas, todas alusivas á su seguridad.
Con que, amigo mio, ya estais ente-
rado: ya he cumplido con vuestro en-
cargo. Ahora me retiro á dar un vis-
tazo á mis negocios; pero contad, que
en nada os desampararé. A todas ho-
ras me tendreis pronto para vuestro
alivio, y el de esta buena familia. (1)

D. PEDRO.

El Señor te lleve en bien, hombre
singular. No quiero incomodarlas. ¡Qué

(1) *Vase.*

modestas! Sus semblantes, aunque decaidos, pintan tener unas almas grandes. Todo tu estudio, Pedro, ha de consistir en tratarlas bien: en consolarlas, y en no dar lugar á que el rubor se les presente en sus rostros. ¿Yo quisiera saber?... (1)

ESCENA XI.

ELISA.

¿Señor, cómo lo pasais?

D. PEDRO.

Bien, para complaceros. A vos os veo buena. ¿Vuestra madre se halla mas aliviada?

ELISA.

¡Ah, señor! Las opacas sombras de la miseria: la prision de nuestro padre; y el último golpe de arrojarnos de nuestra casa (2), la tiene desmejora-

(1) *Don Pedro, y despues Elisa y el Niño.* (2) *Llora.*

da, y reducida á la mayor afliccion. Sin embargo, no dexa de dar gracias á la divina providencia por vuestros beneficios. Estos harán mejorar su estado. El tiempo y nuestras acciones serán el galardon de vuestra singular bondad. El Criador nos inspira esta moral, y nos recuerda que hay todavía en el mundo almas bienhechoras. No podemos dudar en que su gran bondad por estos arcanos quiere que aquellas se hagan patentes, para que muden de vida otras protervas, vanas, preocupadas, y sin caridad, abjurando sus errores, y siguiendo la verdadera senda de la virtud.

D. PEDRO.

Señora, vuestras expresiones me llenan de rubor. Yo no hago nada por vos. El Ser supremo nos manda socorramos al desvalido. Siendo este precepto de su ley, lo cumplo exâctamente. Ya sabeis me he retirado de los bullicios de las Cortes, prefiriendo el vivir en estas soledades. Si á ellas vino vuestro hermano á buscarme, ¿có-

mo puedo dudar que fué dirigido por su gran mano? A esta reflexîon, ¿cómo queriais vos que me prestase indolente? Eso no: mi alma es pura, mi caridad sana, mi ley obedecida; y en fin, escogido para el socorro de vuestras aflicciones. Hija (permitidme este modo de hablar) respirad, consolad á vuestra madre en el occeano borrascoso de su adversidad. Haced que recobre su salud, que lo demas poco á poco se irá zanjando todo. Yo me enteraré de los adeudos de vuestro padre; y quando sean muchos, confiemos con la divina providencia. Ahora me voy un rato de paseo: á Dios, hija: á Dios, hijito, consuela á tu mamá. (1)

(1) *Retírase Don Pedro: entran Elisa y el niño por Doña Gertrudis, é inmediatamente salen los tres: siéntase ésta en el camapé, y Elisa en una silla haciendo calceta.*

ESCENA XII.

DOÑA GERTRUDIS, ELISA Y EL NIÑO.

DOÑA GERTRUDIS.

Hija de mi corazon, sin cesar debemos estar dando gracias á la generosidad de este hombre exemplar. Hija, yo creo que no serán estos beneficios los que ofrece el crímen. El parece muy bueno, muy humano, y que solo obliga á los desgraciados sin interes. Su semblante no da muestras de ser malvado, ni seductor. Desterremos toda desconfianza, y este vano temor de nuestras ideas; pues puede ser un delito ante los ojos del Omnipotente.

ELISA.

¡Ay madre mia! La hospitalidad y el socorro de este hombre, todo es hijo del que nos debemos unos á otros. Yo estoy viendo el seno de su corazon, y este no puede tener un asomo de delito. Su modestia, su noble carácter... No tiene nada de sospe-

choso, y todo inspira, como alma virtuosa, á que aceptemos sus dones.

DOÑA GERTRUDIS.

Hijos, apénas entramos en esta mansion, empezamos á experimentar nuestro consuelo. Mi enfermedad por momentos va desapareciendo. Pero el recuerdo de vuestro padre: su dura prision... ya es preciso escribirle.

NIÑO.

Sí, mamá: yo iré á llevar la carta, y le consolaré.

DOÑA GERTRUDIS.

Calla, hijo, que me traspasas el corazon.

ELISA.

¡Ay recuerdos! ¡Ay vanas memorias! ¡Fantasía, no me atormentes! Si ya no existe... (1) Madre, perdo-

(1) *Todo esto aparte, mirando al auditorio.*

nad este corto extravio de la imaginacion. Este Don Pedro, los sentimientos de humanidad que nos dispensa, son un portento. Yo bien veo que como poco acostumbrados á recibir beneficios de nadie, nos es muy duro vernos en el dia obligados á esta situacion. Madre, este sin duda es un ángel escogido para alivio de nuestras penas. ¡Cómo posee el arte de obligar! ¡Cómo aparta de sus discursos todo lo que puede hacer conocer que nosotras le somos deudoras! No hay mas que respirar. Nuestro buen padre, me predice el corazon, que espera dias felices en el seno de su familia.

DOÑA GERTRUDIS.

Hija, ¿nuestro Don Pedro por dónde andará? Deseo el verle. Su modesta conversacion apacigua mi afliccion. Hijos mios, acompañadme adentro. (1)

(1) *Se entran, y luego vuelve Elisa sola.*

ESCENA XIII.

ELISA.

Respira, corazon: ahora que estas paredes solo son testigos, suelta tus torrentes. Exhala, exhala por tus labios el dulce nombre de tu amante. ¡Oh! el mas encantador de los mortales. ¿Dónde te ocultas, Demetrio! ¡Oh alhagüeño nombre! ¿Cómo te has apartado de esta tu mas fina Elisa? ¡De esta, que solo el amor y la virtud, la guiaron para escogerte por esposo? ¡Mas qué digo? ¡Vanas memorias, no me tiraniceis! El no existe: si así no fuese, ¿cómo podia dexar de corresponderme? ¿El amar á otra? Eso no, mi lengua miente; su corazon, sus juramentos... su ternura... (1)

ESCENA XIV.

RICARDO.

Elisa, Dios os guarde. ¿Qué, qué es esto? ¿parece estais algo afligida?

(1) *Sale Ricardo limpiándose el sudor.*

¿No estais gustosa en la soledad? ¿Está vuestra madre peor? ¿Habeis tenido alguna noticia adversa de vuestro padre?

ELISA.

¡Ay, buen Ricardo! No es nada: solo la memoria me recuerda algunas cosas pasadas. Nuestra situacion, aunque en parte aliviada... ¡Ah, os falta mucho que saber! El tiempo os lo hará entender. Mi madre está quasi buena. Las noticias de nuestro padre... la misma fúnebre es. El está preso como un delincuente, y ocupa aquellas mansiones de horror. El está envuelto entre los hombres mas facinerosos y protervos de la sociedad. ¡Ah! Y solo por no tener... ¡Qué dureza!

RICARDO.

No os os aflijais, Elisa. El Omnipotente á nadie desampara. Este lo tiene todo á su cuidado. Confiad en su bondad. Nuestro Don Pedro anda algo entretenido, y no hay que dudar, será todo para aliviaros. ¿No lo ha-

beis visto? ¿Hace mucho que salió de casa?

ELISA.

Hace poco que me dispensó este favor. Mas miradle. (1)

ESCENA XV.

RICARDO.

Bueno, bueno: ¿por dónde andais?

D. PEDRO.

Perdonad: ¿en la salud de vuestra madre hay novedad?

ELISA.

No señor.

D. PEDRO.

Pues bien.

(1) *Sale Don Pedro algo pensativo, y las botas llenas de polvo.*

RICARDO.

No estoy, qué chasco con vos.

D. PEDRO.

Callad, buen amigo. Estoy consternado de dolor. ¡Qué rigor! A no ser por el vil metal, no hubiera logrado mis deseos. Querida Elisa, os procuro todo vuestro alivio. Nos acompañará algunos ratos una señora que vive muy cerca de esta casería. Ha venido de la Corte con un sobrino, á disfrutar del campo por una temporada. Es muy humana: nada tiene de preocupacion, y tal vez, tal vez podrá favorecernos en estas circunstancias. Tomad ese papel, leedle... á Dios, querida Elisa... vamos, Ricardo. (1)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

(1) *Se van. Abre la carta Elisa, y á poco hace una gran exclamacion, acompañada de un suspiro, entrándose precipitadamente, y se dexa caer el telon.*

ACTO II.

ESCENA I.

Al levantar el telon se encuentran en la sala Doña Gertrudis, Elisa y el Niño.

DOÑA GERTRUDIS.

Querida Elisa, la virtud siempre ha sido perseguida. El pundonor atropellado por malévolos; pero siempre su resplandor los ha confundido. Conservémosle, hijitos mios de mi corazon. El Criador cuida de los que le aman. Yo estoy viendo que su divina mano dirige nuestras desgracias, y tal vez estará muy próxîma nuestra total tranquilidad.

NIÑO.

Mamá, que lea Elisa otra vez la carta de mi papá.

DOÑA GERTRUDIS.

Sí, hija, leela, que su produccion me transporta. ¡O almas grandes! (1)

ELISA.

Querida esposa, é hijos: el dador es nuestro bienhechor. Sin deciros nada, me ha acompañado, me ha socorrido para que sean mis penas mas suaves (si caben en estas mansiones). Me consta que ha dado muchos pasos para ver á mis acreedores. Puede todo lo componga: disimulad. Desde que me noticiasteis la accion tan caritativa, exercida con vosotras, y lo que acabo de ver, no ceso de exclamar: ¡todavía hay almas nobles, en quien la humanidad ha conserva-

(1) *Lee la carta.*

do todos sus derechos, y que hacen bien sin interés. ¡O Dios mio! Me voy á entregar á la dulce satisfaccion de pensar que la virtud no se ha desterrado de la tierra. Los beneficios de este hombre singular nos han puesto en el estado de esperar un suceso mas feliz. El Señor le bendiga. Vuestro mas querido esposo y padre: Juan.

DOÑA GERTRUDIS.

¡Ay, querido esposo! ¡Ay hijos de mi corazon! ¡O Dios omnipotente! Vuestra grandeza no desampara á los que la reconocen. Este Don Pedro y Ricardo ¡cómo se interesan en nuestras desgracias! son hombres exemplares. Ellos se dexan ver poco; y creo que es por no ponernos en el conflicto de arriborarnos.

ELISA.

Sí, madre mia. Son dignos de imitacion. Nuestros corazones, penetrados con los recuerdos patéticos de nuestro padre, de mi Demetrio, y otro,

querida madre, que os ha ocultado mi pecho, se hallan transtornados: ya es forzoso que os lo revele: niño, vete adentro. (1) Madre, esto solo os servirá para hacer paralelo de los diversos caractéres de los hombres, y para ver que los infortunios nunca vienen solos... Mas se oyen pasos. ¿Quién será? (2)

ESCENA II.

D. PEDRO.

Señora, estos son los quadros de los infortunios, que os he pintado. Mis fuerzas necesitan de apoyo, para que sobresalten los coloridos en favor de esta familia. Doña Gertrudis, Elisa, esta señora desea vuestra amistad.

DOÑA LAURA.

Queridas, conociendo el carácter franco de mi convecino, en las mu-

(1) *Vase el niño.* (2) *Salen Don Pedro, Ricardo, Doña Laura y el niño.*

chas temporadas que he venido á gozar del campo, y haberme informado de vuestros infortunios, no puedo menos de interesarme en vuestro favor. Os estimaré mucho. Haré por vosotras quanto vea os pueda ser útil.

DOÑA GERTRUDIS.

Señora, si nuestras miserias os compadecen, os viviremos eternamente agradecidas.

ELISA.

Vuestra voluntad, señora, será nuestra obediencia: ¡Mas qué veo! (1) El sobrino no aparta de mí los ojos. No sé qué presiente mi corazon.

ESCENA III.

D. JOSEF.

Hijitas, yo vengo de la Corte. En el campo todo es secatura: me fasti-

(1) *Aparte.*

dia. Tia, perdonad; conoceis mi genial. El es franco; pero siempre obediente á vuestros preceptos. Ya sabeis que lo que os complace es mi obediencia. Esta familia, siéndoos á vos interesante, lo será para mí.

D. PEDRO.

Doña Laura, si gustais pasar á la habitacion de adentro, allí podemos estar con mayor comodidad.

RICARDO.

Sí, está mejor que esta, tiene buenas vistas.

DOÑA LAURA.

Don Pedro, me ha gustado la nueva planta que habeis dado á vuestra casa.

D. PEDRO.

¡Ah! Mi gusto recuerda lo que fué. La habitacion de adentro no la conocereis.

DOÑA LAURA.

Pues vamos. (1)

D. JOSEF.

¡He! esta plaza la tomaré por asalto. De provincia, de provincia. (2) Dígame usted, buen amigo, ¿esta niña os toca algo? A fe, á fe que me ha agradado. Por vida mia, que le he de armar mi batería. Yo no quiero el campo: me fastidia. Mi tia tiene esta extrañeza; es preciso aguantar. Aquí son los dias muy largos. ¡Qué penosas las noches! Vaya, vaya; me falta siempre tiempo. Yo á todas las quiero; pero á ninguna amo. Todo es pasatiempo, todo broma, y arda troya. Amigo; ¡qué contradanza tengo estu-

(1) *Se entran: Don Pedro da el brazo á Doña Laura; Ricardo á Doña Gertrudis; y Don Josef á Elisa: esta le recibe con indiferencia, y aquel dirá aparte.*

(2) *Salen luego Ricardo, y Don Josef por el mismo sitio, y continuará.*

diada! y es del rigodon; sansé, quatro compases, pastel, y otras dos mil figuras de primor: abur, abur, señorito. (1)

RICARDO.

¡Jesus, jesus, qué taravilla! Este no es hombre; yo no sé lo que he visto: esto es peor que lo que vió San Anton en el desierto: yo me temo que este sátiro ha de venir á perturbar la paz que reyna en esta casa. Será preciso ver á Don Pedro: le contaré lo que ha pasado: lo será tambien el advertir á Elisa. ¡Qué caractéres hay en el mundo! (2)

(1) *Se entra Don Josef á la misma habitacion. Ricardo en todo este raciocinio ha estado como sorprehendido.*

(2) *Vuelve á salir Don Josef tarareando una contradanza de rigodon, y baylando por la sala, y segun lo que se manifiesta en la locucion del actor, lo irá executando; y Ricardo siempre siguiéndole con la vista, como maravillado.*

D. JOSEF.

¿Qué tal, amiguito mio? ¿Qué os parece de estos quatro compases tan ayrosos? Y los potros... no digo nada... que enganito... pues y las alas de Bonaparte. Caramba; y esta nueva figura es mia; ¿y qué favoritas adquiriré? abur, abur, amigo. (1)

RICARDO.

Vaya, que hemos quedado lucidos. No, no es nada el arlenquin que nos ha venido á la casa. Me voy, me voy, porque si vuelve le espaturro la cabeza. (2)

ESCENA IV.

DOÑA LAURA.

Mi queridita, cuidad, y consolad á vuestra madre: no omitiremos el ver

(1) *Vase.* (2) *Vase, y salen* Don *Pedro, Doña Laura, su sobrino y Elisa.*

de acarrear á vuestro seno á vuestro buen padre. Esto corre de nuestra cuenta: abur, amiguita; yo volveré á veros. (1)

D. JOSEF.

Mi corazoncito queda aprisionado por vuestros ambos soles: tratadle bien, pedacito de mi alma. (2)

ELISA.

¡Válgame Dios! ¡cómo me repugna el carácter de este hombre! él es sin duda un calavera. Su tia, ¡qué modestia! ¡qué expresiones tan consolatorias! ¡con qué dulzura nos ha manifestado sus sentimientos! Sí, sin duda corresponderá á lo que nos ha ofrecido.

(1) *Don Pedro se va acompañando á Doña Laura, y Don Josef se va quedando hasta expresar su despedida.*

(2) *Don Josef hasta el no poderse ver por el auditorio irá haciendo besamanos.*

ESCENA V.

DOÑA GERTRUDIS.

Querida hija, me hallo impaciente: espero descanse en mi seno lo que me dexaste de contar por la entrada de nuestro Don Pedro.

ELISA.

Pues sabed, que el medio que adopté para socorrer nuestra miseria, fué el sujetarme á servir: entré en una casa proporcionada de un ciudadano: su esposa buena; pero aquel perverso. Aquella buena señora, cerciorada de nuestra triste situacion, se ofreció generosa á protegernos: habló á su esposo: le expuso el caos en que nos hallábamos, y el deseo que tenia de reparar nuestras desgracias. El se lo aplaudió: ¿era esto por una generosidad desinteresada? no sin duda. Este era un hombre de aquellos que en el fondo no son ni buenos ni malos; pero que llenos de preocupacio-

nes, y no teniendo principios de la verdadera virtud, hacen mas mal que bien. Sus almas groseras no saben respetar la inocencia, y miran como una vagatela el crímen de corromperla. Este resolvió aprovecharse de nuestra indigente situacion, y seducirme á sus torpes ideas: aprovechó un momento en que estaba sola: sin muchos rodeos rompió el velo, y desde este instante no ví en él sino un monstruo. Sus ojos bien pronto manifestáron le devoraba el fuego de su maldad. Si accedeis á mis deseos, este bolsillo os servirá para libertar á vuestro padre, y no solo me limitaré á este corto don: vuestra familia hallará siempre en mí un protector zeloso. Yo turbada, y mas fria que un mármol, experimentaba los movimientos mas vivos de dolor... de sorpresa... y de desesperacion. Animada por estos diversos sentimientos, le dixe: ¡eh, ese dinero no se hizo para mí! ¿Podeis creerme tan débil y tan corrompida para aceptarlo al precio que me lo ofreceis? Quando creí hallar en esta casa un apoyo en mis infor-

tunios, no encuentre sino un seductor... un protervo... inmediatamente se humilló á mis pies: me pidió perdon. Su esposa lo escuchó todo; pero mis tormentos me hicieron apartar de aquella mansion de horror, y abandonar á un ama tan amable. Esta se quedó envuelta en el mayor desconsuelo. Madre mia, es poca la virtud que reyna entre los mortales: ya habeis visto á lo que he estado expuesta para aumento de nuestras desgracias.

DOÑA GERTRUDIS.

¡Ay hija mia! En empezando los infortunios, se dan la mano unos á otros. ¡En qué nuevo conflicto te viste, pedazo de mi corazon! ¡Cómo se ha inflamado mi alma contra ese protervo! intentar seducirte... ¡eh! ese metal corruptor de los pechos humanos, adquirido por medios lícitos, es el alivio de los hombres; pero adquirido con un crímen, es el mas aborrecible; es un torcedor, que está oprimiendo el alma. Eso no, hija mia:

conserva tu candor: tenle sin mancilla, y desecha vanos temores. ¡O vosotros! ¿Sereis por ventura del número de aquellos hombres orgullosos y perversos, que menospreciando á los que la casualidad ha hecho nacer sin fortuna, les miran como á viles insectos, creyendo les es todo permitido á sus respetos? Sabed que un amo debe ser con sus criados, lo que un padre con sus hijos. Este debe darles exemplo de virtud, y servirse de todos los medios posibles para dulcificar las penas de la servidumbre; pero sino haceis uso de vuestro poder si no para consumirlos con malos tratamientos: si no empleais vuestras riquezas, y el ascendiente que estas tienen sobre la indigencia, sino en deshonrar una jóven desgraciada, á quien teneis la facilidad de verla todos los dias; sois unos monstruos abominables, contra quien la inocencia seducida reclama sin cesar los derechos que le habeis hecho perder. Hija mia, conserva la virtud: con ella puedes esperar el alivio del cielo.

ELISA.

Madre, vuestros consejos nunca se apartarán de mi corazon; pero este ¡ah! le tengo muy oprimido. Los tristes recuerdos de Demetrio; su largo silencio; todo me vaticina el mas funesto desastre. Si él exîste, no, no dexará de escribirnos. Ya hace muchos meses que nos falta su correspondencia. ¡O dolor, cómo no acabas con esta infelice!

DOÑA GERTRUDIS.

Consuelo mio, no te abandones al pesar. Todos los entes corren al cargo del Criador. Todas las causas son por su poder dirigidas. No desconfiemos, y resignémonos con su santa voluntad. Vámonos adentro, que me siento algo displicente.

ELISA.

Vamos, madre querida: vuestras ternuras elevan mi alma á mayor esfera. (1)

ESCENA VI.

D. PEDRO Y RICARDO.

RICARDO.

Señor Don Pedro, no dudo andaríes aporreando las puertas de los acreedores. Ello es preciso; pero vamos á otro asunto. ¿Sabeis que chisgaravís tenemos con el sobrinito de Doña Laura? Cómo me vuelva con las andulemas pasadas, no hay remedio, le espaturro la calavera: es preciso vivamos con cuidado: él es un tronera; y lo peor es que me ha dicho que está enamorado de Elisa: que ha de conquistar aquella plaza; con otros mil disparates. A esta ya la tengo advertida; pero cáspita, que há-

(1) *Vanse.*

bil es la muchacha: mas calado lo tiene que la madre que lo parió. No, no, dexarla, que ella le dará con el zapesquedo.

D. PEDRO.

Algun tanto me tiene desazonado su carácter: su tia merece mucho respeto. Es preciso disimular alguna cosa. Este negocio exîge mucho pulso: ya se hace forzoso paseis otra vez con esta carta á Córdova. (1) Es para el Escribano del concurso: la respuesta exîge diligencia: no dexeis de ir á ver al pobre encarcelado: consoladle, decidle que el cielo le está mas propicio: que no escasee nada de lo que se le envia, para que sus penas sean ménos duras: que todo va en buen estado, y que tal vez no habitará mucho en aquellas estancias de pavor. ¿Lo entendeis?

(1) *Don Pedro saca una carta del bolsillo, y se la entregará á Ricardo.*

RICARDO.

No es nada si lo entiendo: allá voy de un vuelo. (1)

D. PEDRO.

Sin comerlo ni beberlo, ¡cómo ando! ello es forzoso trabajar quando se trata de ser útil al oprimido. Doña Laura no faltará con sus pesetas á ser partícipe de este hecho benéfico. Así me lo tiene asegurado: ya tengo entablado el balance con los acreedores: yo pienso no qurerán: si así fuese, ¿qué remedio? pagarlo todo. Algo mas se ha de hacer de lo que se puede: si no es así, ¿qué hace uno? nada. (2) ¡O Elisa! No os volvais atras: os deseaba ver. Me parece segun vuestro semblante os encontrais displicente en esta soledad: sois jóven, y creo quisierais mas sociedad. ¿No es así?

(1) *Vase.* (2) *Va á salir Elisa, se para habiendo oido á Don Pedro; y apénas la llama, sale del todo.*

ESCENA VII.

ELISA.

No señor: mis tristezas tienen causas mas superiores. Si no fuese por vuestra bondad, y esta mansion tan placentera, ¡qué seria de nosotras!

D. PEDRO.

Pero si ese semblante tan opaco, esa melancolía que manifestais, me hacen pensar que son hijas de causas, que no debeis ocultarme. Por ventura ¿teneis vuestro corazon entretenido con algun objeto ausente? (1) Parece os conmoveis: qué ¿he dado en el caso? contádmelo. Bien sabeis estoy empeñado en buscaros toda felicidad. (2) Mas ¿qué es esto? Tomad esa carta, Elisa, que viene para vos. (3)

(1) *Aquella hace movimiento de emocion.*

(2) *Sale Antonio con una carta, se la da á su amo, y se entra este, y visto el sobre, le dice.*

(3) *La toma Elisa, conoce la letra, y se la vuelva á entregar.*

ELISA.

Tomad: leedla vos... que yo no puedo... (1)

D. PEDRO.

Londres: querida, es inútil ocultarte las desgracias, que es forzoso sepas algun dia: ármate de firmeza... víctima de los caprichos de la suerte, y de la injusticia de los hombres, estoy preso en un calabozo horrendo. Mi inocencia no puede salvarme, y perezco por el veneno del poder... á Dios, mi querida Elisa; voy á perecer. Ya mi sepulcro se acerca, y dentro de pocos dias no existiré. No olvides jamas á un hombre, que no ha respirado sino para amarte. (2)

(1) *Don Pedro lee la carta.*
(2) *Elisa desde que principia á leer Don Pedro irá manifestando los senti-*

D. PEDRO.

Doña Gertrudis, niño, Antonio. (1)

ESCENA VIII.

DOÑA GERTRUDIS.

¿Qué es esto, señor Don Pedro? ¡Querida hija de mi corazon!

NIÑO.

Mamá, ¿qué, se ha muerto mi hermanita?

D. PEDRO.

Señora, tenedla, entretanto voy á mi quarto por un pomito de espiritus. (2)

mientos, y conmocion que exîge el caso; y al fenecer la palabra amarte, *caerá desmallada; y Don Pedro llamará.*

(1) *Salen Doña Gertrudis y el niño con aceleramiento.*

(2) *Se va Don Pedro corriendo; Doña Gertrudis y su hija se quedan soste-*

ELISA.

Dónde, dónde... se ocultan... esos horrendos... monstruos... verdugos inhumanos... no descargueis el golpe contra un alma inocente... dexadle... no priveis una vida, que de ella penden dos. ¡Vosotros, isleños inhumanos, que por el oro os corrompeis, y no respetais la inocencia y humanidad, confundios á la vista de vuestra perfidia! Venid á lo mas oculto de este suelo español: en él vereis á una infeliz que no respira sino para amar á su desventurado Demetrio. ¿Mas qué veo? ¡O sombra de la muerte! ¡O cadalso! Confúndete en el abismo de la tierra, ántes que quites la exîstencia á un hombre que solo respira para que yo viva. No, inhumanos,

niendo á Elisa haciéndole ayre, y prontamente vuelve Don Pedro con un pomito, y se lo arriman, dexando siempre la vista de la escena al público, y Elisa irá volviendo del parasismo mirando á todas partes como pasmada.

dexadle: primero pereceré que tal consienta... ¿Mas qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que por mí pasa? Madre, hermano, Don Pedro...

DOÑA GERTRUDIS.

Hija mia de mi alma, respira.

NIÑO.

Hermana de mi corazon, ¿qué tienes?

D. PEDRO.

Mirad que vuestra sorpresa os puede acarrear mayores males.

ELISA.

¡Mayores males! Eso no. ¿Quál quereis que sea mayor, no exîstiendo mi Demetrio? Yo no puedo sobrevivirle: las sombras del pavor ocupárán mi corazon: mi vivir será morir. (1) ¡O papel! ¡O caractéres! Vo-

(1) *Coge la carta del suelo, donde Don Pedro la dexó caer, quando tuvo que sostener á Elisa del desmayo.*

sotros ocupareis en mi seno vuestra mortal separacion. Las lágrimas de mis ojos os acompañarán hasta que dexeis de exîstir. En este instante mi corazon dará el último latido. Madre querida, hermano de mi alma, señor Don Pedro, retiradme, que mis fuerzas desfallecen.

DOÑA GERTRUDIS.

Hija mia, vamos y descansarás: no te abandones á la desesperacion: no desconfies: si es inocente no perecerá. Recibamos con resignacion los golpes del Omnipotente: sus arcanos nos son incomprehensibles, y solo nos toca conformarnos con su santa voluntad.

D. PEDRO.

Querida, resignacion: resistid los primeros golpes del infortunio, y dexad en las manos del Criador lo demas. Vamos adentro, y allí podeis desahogar vuestro espíritu.

DOÑA GERTRUDIS.

Vamos, hija.

ELISA.

¡Ay Demetrio! Vamos. (1)

ESCENA IX.

MARIANA.

Mis tareas no me han prestado lugar para haber acompañado otro rato á esta familia: ya me encuentro informada de todo por Ricardo. Son dignas de toda compasion. (2) ¿Mas qué veo? ¿Quién será esta figura?

ESCENA X.

D. JOSEF.

Ea, madamita del nuevo cuño, ¿vos sereis venida de Paris? Ese ayrecito bien lo demuestra. ¿Qué tal? ¿Pare-

(1) *Vanse; y sale Mariana por la puerta que todos.*
(2) *Sale Don Josef, y se va hácia Mariana haciéndole cortesías.*

ce os agrado? ¿Este cuerpecito, no es ayroso? ¿Vos estareis acostumbrada á estas finuras? ¿No es así?... Punto de otra cosa: ¿sois tia ó parienta de la niña Elisa?

MARIANA.

Yo soy lo que soy, ¿qué os importa á vos?

D. JOSEF.

Graciosa respuesta: ¡qué mostrenca! Jo, jo, la finura de esta corteza no presta otro lenguage.

MARIANA.

Pues bien, iros á vuestra tierra: aquí todo es natural; pero allá todo patraña: aquí no hay nada para vos: por ventura, ¿pensais tratarnos como á vuestras coquetas? Estais engañado: iros, que aquí es tiempo perdido.

D. JOSEF.

¿Cómo irme? no puede ser, tenien-

do puesto sitio al corazon de Elisa. No hay remedio, se rendirá al primer ataque.

MARIANA.

Ni al segundo, ni al tercero.

D. JOSEF.

Ja, ja ¡pobrecita provinciana! debilidad, debilidad. Apuesto que si la dais recado de que está esta personita aquí, sale al momento.

MARIANA.

Pues bien, allá voy: saldrá, pero guardaos. (1)

D. JOSEF.

En algo hemos de pasar el tiempo. ¡Qué mostrencas son estas aldeanas! Tomaré esto por entretenimiento: le diré que la amo, que la quiero; si lo cree, bien; y si no tam-

(1) *Vase.*

bien. A la Corte, á la Corte Mis favoritas contradanzarias ¿cómo andarán? Es forzoso estudiar algunas de nueva invencion. Pastel, potros, engaño, huida de los prusianos... ¡Qué hermosa figura! Para esto me pinto solo. (1)

MARIANA.

Este hombre es loco, ó tiene la cabeza llena de grillos.

ELISA.

Sin duda, Mariana.

MARIANA.

¡Jesus, jesus! ¡qué diablo de arlequin!

D. JOSEF.

¡O señoras! á vuestras plantas es-

(1) *Elisa y Mariana al salir de su habitacion se pararán, estará baylando Don Josef, dando vuelta por la sala, las verá, y hará varios movimientos y cortesías.*

tá el mas fino de los hombres. Este corazoncito no respira sino por vuestra deidad: esos dos soles me tienen aprisionado desde que los ví. Me debeis querer mucho, porque yo os idolatro. Vuestro palmito me trae sin tino: por eso os busco, mi dueño.

ELISA.

A espacio, buen caballero: vuestra galantería libre, y aun licenciosa, tan distante de un hombre de carácter, no es acreedora sino á un desprecio. Dexad esas patrañas, y conservadlas para otras como vos: iros para que os las aprecien á las del gran mundo, porque á nuestros groseros oidos les repugnan esas frases tan vacías de sentido.

MARIANA.

Marchad allá: nosotras somos á la pata-la-llana. ¿Pensais que la niña os querrá? Como un demonio.

D. JOSEF.

Mirad, que no soy digno de vuestro desprecio.

ELISA.

Por quien sois, está bien; pero por vuestro carácter os haceis acreedor á otros mayores. Vuestra tia es amable, humana, llena de cordura y entendimiento. Agradeced á sus respetos el que de un brazo esta muger no os haya puesto en la calle. Tratadnos con mas miramiento, si no sufrireis un bochorno. (1)

D. JOSEF.

¡Válgame Dios! ¿Qué es lo que por mí pasa? Tan corto raciocinio ha trastornado mi espíritu. ¡O virtud! Que ascendiente posees sobre los corazones. Si todas las mugeres se revistieran de su carácter, no habria en el mundo tantas infelices. Los hombres serian mas modestos, y no hubiera tantos vacíos de la sana moral. Esta muger con su modestia obliga á que la amen de veras. Yo no me

(1) *Vanse.*

conozco: yo estoy poseido de un ver-
dadero deseo. Mi genial, sin duda, ya
le es aborrecible; pues no: mis sen-
timientos, mi modestia le harán ver
una metamorfosis. Ya llegó el tiempo
de conocer mi delirio: ya es preciso
que trate de reformar los yerros pa-
sados. Esta mansion, en otro tiempo
tan indiferente, ya me tiene aprisio-
nado. Ya es forzoso valerme de ex-
plicaciones sencillas y verdaderas. Pa-
ra depositario de ellas, nadie es mas
digno que Don Pedro: mas aquí se
acerca; ello es forzoso. Le sorprehende-
rá; pero los hechos de amor todo lo
allana: (1) amigo mio, os deseaba
ver con impaciencia. A vuestra pru-
dencia me acojo, para que me favo-
rezcais.

ESCENA X.

D. PEDRO.

¿Qué hay, amigo mio? ¿En qué os
puedo complacer? Habladme con fran-
queza, que yo os ofrezco baxo mi

(1) *Sale Don Pedro.*

palabra serviros. Pero os advierto, que no soy amigo de vagatelas.

D. JOSEF.

¡Ah señor! Los acasos de la virtud hacen que los hombres se penetren de unos verdaderos sentimientos en amar al que tiene la ascendencia de aquella deidad. Esta la posee en sumo grado Elisa. La primer vez que la ví, me fué muy indiferente. Hace poco rato me sorprehendió con un elegante raciocinio, hijo de su buen corazon; pero al caer, por la vaciedad de mis expresiones. Aquel lo produxo á tan buen tiempo, que mi alma se electrizó en quererla verdaderamente, y que no desea sino ser partícipe de sus gracias, y del alivio de su familia.

D. PEDRO.

Amigo, os he escuchado con mucha complacencia. Será dificil el que os corresponda: conozco en ella cierta adversion á los hombres, y mas quando vuestro primer carácter me cons-

ta que le detesta : es virtuosa, es modesta, posee una sana intencion; y opino que será tiempo perdido.

D. JOSEF.

Pues bien, mis sentimientos se sujetarán al silencio. Padeceré los tormentos que acarrea un amor mal correspondido. Ella me verá penar y morir.

D. PEDRO.

Está bien : yo le hablaré; pero temo que vuestra tia lo tome á mal. Ella ama la virtud. No es de las preocupadas; pero tal vez un enlace no correspondiente á vuestras circunstancias, le sentará mal.

D. JOSEF.

¡Ah buen amigo! Si tan fácil fuera conquistar el corazon de Elisa, como el consentir mi tia, seria mi felicidad cierta. Yo me voy sin verla: mi corazon no admitirá alegria, sino quando le corresponda su adorado bien. (1)

(1) *Vase.*

D. PEDRO.

¡Eh! ¿no estamos bien? Esto es lo que nos faltaba para colmo de nuestra tormenta. Yo no sé que hacerme en este lance: vaya, vaya, que el niño me ha puesto en buen aprieto. ¿Yo intercesor? ¿Y para qué? No es nada: para que le quiera Elisa, quando esta no olvida á su Demetrio. Ella le tiene por muerto; pero su corazon embebe todavia esperanzas. El concepto que tiene formado de este Don Josef, es mal padrino. Lo veo caso perdido. (1)

ESCENA XI.

RICARDO.

Yo creo habreis extrañado mi tardanza. ¡El demonio de la carta, qué paseos me ha hechó dar! Yo me deshacia; pero creo vendrá la cosa bien despachada. El Escribano parece buen hom-

(1) *Sale Ricardo.*

bre: tomad los papeles que me dió. Por su mediacion me dexáron entrar en la cárcel. ¡Jesus! ni de chanza quiero verla. ¡Qué conversacion tuve con Don Juan! El pobre rebosa de contento, y está esperando el momento de su libertad, para postrarse á vuestros pies. (1)

D. PEDRO.

¡Bendito sea el Señor! Han accedido los acreedores á el balance. No reveleis, Ricardo, nada á esta familia.

RICARDO.

Por mí no hay que temer.

D. PEDRO.

Pues bien: nada han de saber hasta que se lo presentemos.

(1) *Don Pedro lee la carta que le ha entregado Ricardo.*

RICARDO.

Quedo enterado: me voy á recorrer mis cosas. (1)

D. PEDRO.

Que no os descuideis en volver, porque este negocio está en lo mas interesante. Estoy impaciente: no puede tardar Doña Laura: si no viene, me precisa pasar á su casería. Con lo que tengo, solo hay para satisfacer la mitad de los débitos transigidos. Se hace forzoso que el resto lo supla Doña Laura: sí lo hará; sus ofertas las cumplirá; mas aquí viene. (2)

ESCENA XII.

DOÑA LAURA.

Señor Don Pedro, vaya que andais muy ocupado: en otros años me visitabais; pero en este, vos sois la dama.

(1) *Vase.*

(2) *Salen Doña Laura y Don Josef; éste desfigurado de su antiguo carácter, y con suma tristeza.*

D. PEDRO.

¡Ah señora! No ignorais los motivos: esto es preciso; tomad esa carta: ella os enterará de lo que pasa: (1) parece le hace sensacion: sí, sí; corresponderá.

DOÑA LAURA.

Quedo enterada; escuchad. (2)

D. JOSEF.

Todos son enigmas: ¿si le comunicará á mi tia mi raciocinio? Lo sintiera, porque mi corazon me vaticina que he de ser despreciado. ¿Será creible el estado en que me veo? Mi pe-

(1) *Lee Doña Laura la carta, manifestando compadecerle su contenido.*

(2) *Se apartan á un extremo de la sala Don Pedro y Doña Laura, y hacen que tratan un secreto; y en la positura que tomó el sobrino quando entró, arrimado á un extremo, hablará.*

cho se agita solo en pensar que ha de presentarse el objeto de su amor. ¡O mansion! ¿Quán placentera me fueras si no me detestase la deidad que en tí encierras? ¡O virtud, tú sola eres la que me ha acarreado este frenesí! Sin duda va á acabar con mi exîstencia: todo me causa horror... todo sobresalto... (1)

DOÑA LAURA.

Querido sobrino, ¿qué tienes? Te advierto trastornado tu genial, tan placentero é indiferente. (2) Parece suspiras: ¿qué te aflige? Desahoga tu pecho en el seno de tu tia, que te ama.

D. JOSEF.

¡Ah tia de mi corazon! Mis penas son inconsolables: aquel vuestro sobrino ya no exîste. Sus indiferencias, las coqueterías de la Corte, todo, to-

(1) *Se entra Don Pedro á la habitacion de Doña Gertrudis muy de prisa.*
(2) *Suspirará Don Josef.*

do desapareció. Su triste corazon llora el tiempo ; pero tarde. Conozco la virtud; pero esta deidad huye de un hombre que siempre la ha despreciado. ¡Oh vosotros, que seguís las sendas del precipicio, no perdais tiempo en reconciliaros con ella! Si lo retardais, sufrireis los mismos tormentos que me devoran. (1)

ESCENA XIII.

DOÑA LAURA.

Celebro de veros sin novedad.

ELISA Y DOÑA GERTRUDIS.

Señora, para complaceros.

DOÑA LAURA.

Ya os irá gustando esta soledad:

(1) *A esta palabra salen Don Pedro, Doña Gertrudis, Elisa y el niño; el semblante del sobrino manifestará conmocion, y volverá á tomar su primera positura.*

aquí se respira; todo es natural: en los pueblos grandes, todo son borrascas, todo peligro. Decidme, ¿teneis buenas nuevas de vuestro esposo?

DOÑA GERTRUDIS.

Señora, solo sabemos le tratan con ménos rigor en su prision: todo lo debemos á nuestro bienhechor. (1) Pero la dureza de los acreedores nos hace pensar, que no se verá el infeliz en el seno de su familia.

ESCENA XIV.

ELISA.

¡Válgame Dios! Señora, ¿qué tiene vuestro sobrino? aquel genial bullicioso; aquella indiferencia, parece se apagó... ¿todo será hijo de la secatura del campo?

(1) *Sale Don Pedro, sin decir nada, como arruborado.*

D. JOSEF.

De tus rigores. (1)

DOÑA LAURA.

No, no lo creo: esto es para poco tiempo. Tal vez estará estudiando alguna contradanza.

D. JOSEF.

La del tormento. (2)

DOÑA LAURA.

Pues, queridas: no puedo ser mas larga en la visita. Tengo varios asuntos que me urgen. Vosotras no os aflijais, que tal vez los acreedores se ablandarán, y entónces os restituirán á vuestro esposo y padre. Pepe, vamos, (3) hasta otro rato: pienso sea

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Se va Don Josef hácia su tia, la cogerá del brazo; y éste, miéntras aquella se está despidiendo, manifiesta sus sentimientos con suspiros.*

pronto ; á bien que está cerca nuestra caseria, Abur, queriditas.

LAS DOS.

El Señor os lleve en bien.

ELISA.

Madre amada, no sé que presiente mi corazon: el sobrino de Doña Laura... ¡ah! este embebe en su pecho el veneno del amor: su corazon es un etna abrasador. ¡Quiera Dios que este no reviente para acarrearnos nuevos disgustos! Bien sabeis por Don Pedro lo que pasa: su tristeza, su taciturnidad... todo, todo anuncia la maquinacion de alguna perfidia.

DOÑA GERTRUDIS.

No piensas bien, hija: su sangre noble, el respeto de su tia, la amistad; todos, todos son eslabones que le sujetarán. Al infeliz debemos compadecerle: el niño vendado le ha traspasado su alma con el dardo de su

fuego abrasador. Hija, conocido un verdadero amor, admite alguna benignidad; y mas quando por este acaso se podia acarrear á nuestra familia un consuelo completo. Estos en el mundo se tocan todos los dias: no seria el primer exemplar, y mas quando nuestra ascendencia no tiene porque desmerecer. Demetrio, ya no exîste, y acaso la providencia nos querrá deparar otro en su lugar.

ELISA.

¡Otro en su lugar! Eso no: su imágen exîste grabada en mi corazon. Solo la parca destruirá tal impresion: él no ha muerto, estos recuerdos, estas ideas me parten el alma: vámonos á nuestro quarto.

DOÑA GERTRUDIS.

Hijos de mis entrañas, vamos. (1)

(1) *Vánse, y salen Don Pedro y Ricardo.*

ESCENA XV.

D. PEDRO.

No quiero, Ricardo, se entienda el estado que tiene el negocio de Don Juan: vos pasareis por la casería de Doña Laura. Esta os entregará una cantidad de maravedis, que con estos (1) son suficientes para el cubrimiento total, segun lo que hemos convenido con los acreedores. A mas, va una onza para un escribano, á fin de que no haya detencion en la escarcelacion. Vuestra casería está bien cerca de esta: espero que en ella os detèngais un poco, porque así conviene.

RICARDO.

Estoy en todo: no omitiré diligencia alguna para la brevedad. Apénas llegemos os avisaré con Mariana: á ella podeis decirle lo que debemos hacer. (2)

(1) *Dale un bolsillo con dinero.*
(2) *Vase.*

D. PEDRO.

Está bien: yo quiero que en esta escena se hallen Doña Laura y su sobrino. ¡Qué placer recibirá esta familia! ¡se quedará transportada de alegria! Doña Laura y demas recibirán aquella satisfaccion que es propia en las almas bienhechoras. ¡O vosotros, que inundados de riquezas, solo pensais malversarlas con hechos pérfidos! no olvideis, que si no se emplean en favorecer á los afligidos, no son mas que un borron destructor de vuestra existencia. (1)

ESCENA XVI.

DOÑA GERTRUDIS.

Señor Don Pedro, nuestras penas se minoran al ver el semblante de su bienhechor.

(1) *Salen Doña Gertrudis y Elisa.*

D. PEDRO.

Señoras, yo nada hago que sea de atencion. Todos los entes nos debemos ayudar unos á atros: siendo así, ¿cómo puedo dexar de operar quanto conduzca para el total alivio de nuestras desgracias? Estas creo tienen muy próxîmo su fin. Yo advierto en Elisa cierta taciturnidad, que la tiene desfigurada. Hija mia, los acasos de este mundo se deben tomar como de la mano que los dirige. Yo quisiera volveros á vuestro Demetrio; pero no puedo: tal vez en su lugar podiamos poner el que sabeis. Su carácter está demudado, sus riquezas conocidas, su tia nada de preocupacion. Por este medio se podia esperar el alivio de vuestra familia, y en estos sencillos campos disfrutar los dones del Criador.

ELISA.

¡Ah, nuestro protector! Vuestros sentimientos y vuestros deseos, bien

veo son hijos del afecto que nos profesais. Por este medio puede se realizase todo el alivio de esta familia. Lo confieso ; pero mi corazon empedernido á las memorias de aquel modelo de los hombres , no es capaz de arrancarle de su centro otro ente mas que la muerte. Esta será la que lo borre de mi memoria , vanagloriándome entre tanto de haber sido constante á la fe que le prometí en el dia que le sacrifiqué mi ser y mi amor. Este me dice á gritos que no ha perecido, que le volveré á ver.

D. PEDRO.

Si vuestro modo de pensar siquiera tuviese el menor antecedente , estaria bien ; pero al recibo de la carta ya no exîstia.

DOÑA GERTRUDIS.

Querida hija, sabes nuestra situacion : tu juicio es forzoso lo acredites.

ELISA.

¡Ay madre de mi corazon! No puedo complaceros. ¡Mas qué sebresalto altera mi exîstencia! Toda mi circulacion ha cobrado un movimiento extraordinario. Todo es terror, todo espanto: algun acaso presiente mi alma. (1)

ESCENA XVII.

DEMETRIO.

¡Qué es lo que veo! ¿No es Elisa?

ELISA.

¡Válgame Dios! ¿No es Demetrio? ¡Fantasía, no me martirices!

(1) *Salen Doña Laura, Don Josef y Demetrio: este sobre la levita llevará un cinturon con su acero de camino.*

DOÑA LAURA.

Queriditas, os traygo un amiguito de mi Pepe. Pasaba á Córdova corriendo la posta, y una casualidad hizo que lo encontrase; le ruega descanse en nuestra compañía, y condesciende: trae varios negocios de importancia: ha estado en otro tiempo en esa hermosa ciudad. (1)

ELISA.

¡Ay de mí!

DEMETRIO.

Pedazo de mi corazon, respira: mi vista inesperada te ha puesto en tal

(1) *Don Josef estará siempre triste: Demetrio no apartará la vista de Elisa, y ésta de aquel; no quedándole duda, cae con un deliquio en el camapé, expresando la exclamacion que está estampada; y Demetrio acudirá á socorrerla con los demas actores, excepto Don Josef.*

peligro: vuelve en tí, dueño adorado: todavia exîsto. No perezcas... mira... atiende... ¿si no vuelves, fallezco de dolor? (1) Mas parece que recobra su espíritu. ¡O alma la mas grande! ¡O ser de mis potencias! ¡O Elisa... mira á tu Demetrio! Todavia exîsto: de tu lado no me apartará sino la muerte. Articula solo una palabra para que mis sentimientos no me abandonen al último suspiro. (2)

ELISA.

¡Querido!

DEMETRIO.

¡Mi dueño!

(1) *Todos andarán confusos al rededor de Elisa; y aplicándola un pomito que sacará Don Pedro de su faltriquera, irá volviendo como asombrada, fixando la vista y atencion sobre Demetrio.*

(2) *Se levanta, y abrazados los dos se dirán las locuciones que siguen hasta el* respira.

ELISA.

¡Qué vives!

DEMETRIO.

Solo para amarte: mi bien, respira.

ELISA.

¡Ah! temo que esta sorpresa...

DEMETRIO.

No, hija de mi corazon, no: ya no me apartaré de tu amable compañía. En ella disfrutaré las delicias de un verdadero amor: ¿te hallas mas aliviada?

ELISA.

Sí, mi Demetrio: ya no temo infortunios.

DEMETRIO.

Ni yo trabajos.

ELISA.

Pues vengan males.

DEMETRIO.

Vengan riesgos.

LOS DOS.

Que todos me serán dulces con mi adorado dueño.

D. JOSEF.

Eso no, vuestra alegría será como un rayo: ya no soy hombre, soy una hidria de la Arcadia, soy un monstruo, soy un volcan de zelos para despedazaros. Demetrio, saca ese acero pronto; si no te paso. (1)

(1) *Doña Laura y Don Pedro acuden á sujetar á Don Josef; Doña Gertrudis y Elisa á Demetrio.*

ELISA.

Querido, ¿qué nuevo peligro es este?

DOÑA LAURA.

¿Qué es esto, Pepe?

D. JOSEF.

Soy un abominable monstruo de la tierra: mi rabia me devora: no soy hijo sino del furor, de la desesperacion... y del total exterminio de un rival que me ha robado mi exîstencia. Dexadme que me sacie con su sangre.

D. PEDRO.

Eso no: mi presencia, los respetos de vuestra tia, la amistad, esta escena...

D. JOSEF.

Sí, todo, todo enciende mi furor.

...

DEMETRIO.

Querido amigo, ¿en qué te he ofendido? los Cielos nos criáron para amarnos.

D. JOSEF.

Esa es mi desesperacion, ese mi tormento; no hay remedio: saca tus filos, y mídelos con los mios: dexadme.

DEMETRIO.

Ea, dexadle: (1) aquí tienes mi pecho; traspásale con tus filos: sacia tu rigor; derrama la sangre de la verdadera amistad. No, no quiero que por mí perezcas en el estado de desesperacion; pero advierte, que tus tormentos te harán habitar entre las fieras, y nunca hallarás descanso en tu corazon. (2)

(1) *Se desprende Demetrio, y se pone delante de Don Josef, presentándole el pecho.*

(2) *Acude Elisa, y se pone delante de Demetrio.*

ELISA.

No, mi bien: yo debo ser traspasada por el acero de este tigre: mis ojos le inflamáron, y yo soy la que debo perecer. (1)

DOÑA GERTRUDIS.

¡Querida hija! ¡querido Demetrio!

DOÑA LAURA.

Pepe de mi corazon, suspende ese frenesí: traspásame el pecho con ese acero. ¿Solo tendrás valor para cometer un crímen tan detestable entre los hombres? (2) Ea, monstruo inhumano, si no me quieres ver pasada

(1) *Doña Gertrudis y Demetrio forcejean para apartar á Elisa, procurando este ocupar siempre el frente de Don Josef, el que trabajará para desprenderse de su tia y Don Pedro.*

(2) *Quítale su tia el acero, y esta se arrima la punta al pecho.*

por estos filos, suspende tu rigor: sosiega tu ira, póstrate á los pies de esos modelos de virtud, pídeles perdon. No retardes un instante en executarlo, porque si pasa, dexo de exîstir. (1) O te postras, ó perezco.

D. JOSEF.

Ya cedo, querida tia: amado Demetrio, ya tienes á tus plantas al mas protervo de los hombres; acaba con mi exîstencia. El rubor me parte el alma: tia amada, perdonad mi ceguedad. ¿Si habeis conocido los deliquios del amor, me concedereis vuestra indulgencia? Don Pedro, apartad de mi vista ese vil acero. Demetrio, Elisa, ya que el Cielo os crió para uniros, gozaros felices años, y creed mi verdadero arrepentimiento.

(1) *Acuden Demetrio, Doña Gertrudis y Elisa á socorrer á Doña Laura; y Don Pedro se queda sujetando á Don Josef, el que á la última palabra de su tia se postra á los pies de Demetrio.*

DEMETRIO.

Dame esos brazos, mi buen amigo.

D. JOSEF.

No son los mios dignos...

DEMETRIO.

Ea, aparta esos recuerdos: recobra tu natural; y nuestra antigua amistad renazca con nuevos vínculos. (1)

ELISA.

Demetrio, esparamos con impaciencia nos cuentes cómo te libraste del peligro que me anunciaste en tu carta desde Londres.

(1) *Se abrazan, y en este acto se asoma Mariana á la puerta, la ve Don Pedro, y se va como á darla un recado; y este vuelve á la escena quando Demetrio empezará su relacion.*

TODOS.

Sí, Demetrio.

DEMETRIO.

El dia que me aparté de vuestra compañía para pasar á la Corte, me hallaba en un estado dificil de pintar. Conocia los deliciosos encantos del amor; pero aun ignoraba sus efectos. No sabia el vivo dolor que causaba en el alma la separacion del objeto amado. Tomados los debidos conocimientos, me dirigí á la Coruña, fleté mi transporte, y abordé en las costas de Inglaterra: sin detenerme paso á Londres. En esta ciudad me enteré de la muerte de mi tio, y sin detencion traté de recoger la quantiosa herencia que me habia dexado. Contraxe durante mi mansion en aquella capital una amistad con un hijo de un buen ciudadano. Este habia hecho los estudios, con otro de un Milord: sus costumbres, y la dulzura de su carácter, le introduxéron en la casa de aquel señor. Este tenia una

hija de su edad; aquella no habia podido mirarle sin emocion. ¿Cómo hubiera podido ella resistir á la inflamacion que la arrastraba hácia él? ¡Era muy jóven para conocer los precipicios! El uno y el otro amaban por la primera vez: sus corazones eran etnas: ellos ignoraban la tiranía de las precauciones de aquellos hombres sobre la diferencia de sus condiciones. No podian creer que esto fuese delito; pero el Milord los sorprehendió un dia asidos de la mano. Hecho una furia, lo arrojó de su casa, llenándole de dicterios. A su hija le amenazó de muerte: conociendo los transportes del amor, intenta el vil proyecto de asesinarle, teniendo por cierta la deshonra de su carácter. ¿No piensan aquellos hombres que es delito el amarse? ¿Que es uno señor de su corazon? ¿Y que la naturaleza conoce la diferencia de clases y condiciones? Su inhumano corazon pone en planta el asesinato con dos protervos. Este les acompaña con el deseo de verlo realizado. Puestos en el sitio que habia de pasar, nos asaltan: sacamos las espadas, y nos defendiamos con brio.

Creyendo el lance perdido, se acerca, esgrime su acero, y á poco cae en el suelo herido, exclamando: ¡ay, que me han muerto! Huyen los asesinos, llega la policía, y nos prenden. Reconocen al Milord: bastante causa para que nos tratáran con mayor rigor. Nos hiciéron cargos, declaramos la verdad; pero su poder con la aprehension, no tardáron mucho en poner la causa en estado de sentencia. En este pude facilitar el escribirte. A poco se nos hace saber habérsenos impuesto la pena capital. Nos circundan con los aparatos fúnebres de tan tremenda escena; y quando ya no veíamos sino la sombra de la muerte, y la eternidad, de repente se nos hace saber estar en libertad, por haber declarado todo el hecho los dos asesinos, hallándose para espirar por iguales excesos. Nos apartamos de aquellas mansiones de terror, y recobramos nuestra antigua alegría. Concluyo mis negocios: giro letras sobre Cádiz y Madrid. Me aparto llorando de aquel buen amigo, y su padre. ¿Cómo tú, Elisa, solamente me quedabas en el mundo, me ardia con el deseo de

volverte á ver. Me embarqué en una nave española: con viento favorable arribé á la Coruña: parto para Madrid: cobro varias letras: tomo la posta para Córdova, y ántes de llegar tengo el feliz encuentro de mi amigo; y aunque con nuevos peligros, el hallarme en los brazos de mi Elisa todo lo calma. (1) ¿Y vuestro esposo y padre, dónde está?

DOÑA GERTRUDIS.

¡Ah Demetrio! Se halla preso en Córdova por una quiebra.

ELISA.

Nos vendiéron todo el resto de nuestra fortuna: nos arrojáron de nuestra casa, y á no ser por este bienhechor, todos hubiéramos perecido.

(1) *Se abrazan Elisa y Demetrio; y este, dirigiéndose á Doña Gertrudis, le pregunta.*

DEMETRIO.

¡Eso no! ¿El preso, y yo con riquezas? (1)

D. PEDRO.

Descansad: no hay nada que hacer. Todo está evacuado; esperad. (2)

ESCENA XVIII.

DOÑA GERTRUDIS.

¡Querido esposo!

ELISA.

¡Querido padre!

D. JUAN.

Pedazos de mi corazon. (3)

(1) *Hecha á correr Demetrio, y acuden Doña Laura y Don Pedro á detenerle.*

(2) *Se entra Don Pedro, y sale con Don Juan, que vendrá con Ricardo y Mariana, y aquel abraza á su muger é hija.*

(3) *Sale el niño: su padre corre á abrazarle, levantándole bastante del suelo.*

NIÑO.

¡Amado papá! qué gusto, qué alegría!

DEMETRIO.

Querido padre, aquí teneis á vuestro Demetrio: solo espera vuestra bendicion.

D. JUAN.

Esposa, Elisa, niño, estrecharos otra vez entre mis brazos. ¡Y tú, Demetrio, imágen de la virtud, asóciate á nuestra familia para colmo de nuestra felicidad, concediendo mi bendicion!

D. PEDRO.

Sí, amigos mios, yo quiero ser vuestro padrino.

DOÑA LAURA.

Y yo la madrina, ántes de irme á la Corte.

D. JUAN.

¡O almas grandes! nuestros corazones os vivirán eternamente agradecidos. Aceptamos vuestra oferta, para que sea todo mas completo. Acabando de coronar vuestra gran beneficencia este caso singular. Querida esposa, queridos hijos, no quiero volver á Córdova; y sí establecerme en este retiro.

DEMETRIO.

Sí, querido padre: mis caudales son suficientes para mantenernos con decencia, y comprar una buena casería. Todos juntos disfrutaremos de la pureza del campo, y de la compañía de estos exemplos de virtud.

DOÑA LAURA.

Yo os visitaré todos los años.

D. JOSEF.

Yo me complaceré de vuestra felicidad.

RICARDO Y MARIANA.

Nosotros os acompañaremos con nuestra sencillez.

D. PEDRO.

En mi amistad no habrá novedad.

TODOS.

Y con esto se da fin al hecho mas singular ; pidiendo á todos perdon por las faltas de este, dragma.

FIN.